Murcia: Un mes. . . 1 peseta.
Resto de España, un trimestre. . . 3.50 id.

Precio de la venta
5 cént. ejemplar y 25, 75 céntimas

REDACCION Y OFICINAS:
SAURIN, 4.-MURCIA.

El Demócrata
DIARIO DE LA TARDE

ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA.
TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
AL DIRECTOR GERENTE
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año I

MURCIA.-Martes 4 de Septiembre de 1906

Núm. 4

LABOR ECONOMICA

Hasta qué punto es importante la obra económica del ministro de Hacienda, no hay para qué decirlo. Su transcendencia se mide por la magnitud de la empresa acometida. Su valor por la serie de obstáculos que necesita vencer para llevarla a término feliz.

Adiestrado experimentalmente en esta clase de trabajos, Navarro Reverter se ha encontrado en terreno conocido; pero en terreno donde junto a problemas solubles se hallaban otros considerados como insolubles, donde había asuntos por resolver de importancia suma para el país.

Palpitante aún la enérgica protesta contra el aborrecido impuesto de Consumos, su entrada en el ministerio hizo concebir fundadas esperanzas en su gestión; menudearon las intervenciones y en todas ellas el mismo deseo se manifestó: la desaparición del impuesto. Pero pasó el tiempo y cuando el público olvidaba el asunto, el Ministro, que tenía empeñada su palabra con la opinión, recibe el proyecto de ley en virtud del cual desaparece en Rumania; lo estudia, corrige ligeras imperfecciones del que redacta y en unas declaraciones prueba que sobre el olvido popular—si le hay,—está la conveniencia nacional y que en las obras patrióticas no se miden las ventajas por las satisfacciones que proporcionan a un partido, aun siendo muchas y merecidas, sino por la suma de bienestar que aportan al acervo común.

Al mismo tiempo, y paralela con esta obra progresiva, otra no menos resonante se realiza. A cambio de la columna segunda de nuestro Arancel, se legaliza nuevamente la tarifa usual de la república Helvética para los productos españoles; y el malestar reinante, la imposibilidad de la exportación, la falta de mercados especiales, cesan, y el comercio vé alborear dos horizontes en los que no pensaba, donde se cifran muchas esperanzas y en los cuales está el germen que hará revivir algunas fuentes de riqueza casi inexplotadas.

Semejante labor económica, que por sí basta a acreditar a un ministro, no es solamente la única que preocupa al ilustre hacendista. Los tratados pendientes con algunas repúblicas americanas y con naciones europeas; la revisión y resolución de los expedientes administrativos que duermen en los archivos; y el cumplimiento estricto de las disposiciones que previenen el pago a la Hacienda del tanto por ciento en las explotaciones industriales—que la mayoría de las sociedades olvidan—ocupan su atención, confiando en su firmeza para ponerlas en práctica y hacer que el tan decantado y necesario superávit sea un hecho tangible que permita atender a obligaciones imprescindibles que reclama el país y lo pongan a la altura que reclaman sus industrias, para figurar como potencia comercial de primer orden.

Sus esfuerzos, por tanto, son mirados por la nación entera con simpatías, porque ve en ellos cuanto constituye la as-

piración moderna de la raza. Las bellezas del pasado desaparecieron y precisa trabajar por reconstruir nuestro presente, sin que tenga nada que envidiar al pasado. Y en esta labor quienes pueden trabajar en primer lugar son los Ministros de Hacienda; y entre los ministros, hombres como Navarro Reverter, todos voluntad y energías.

Entremeses

Ahora resulta que los motivos que impidieron al Sr. Urquijo aceptar el reto que le lanzó el director de «El Imparcial», no fueron—sus creencias religiosas, ni el cargo que desempeñaba.

No tuvo otra razón el Sr. Urquijo, que considerarse de categoría superior al Sr. López-Ballesteros.

Y, como es natural, ha enviado para que le suplan, en sin igual combate, a dos amigos de inferior categoría.

Con lo cual, todo queda a cubierto. Incluso la lógica.

El señor Osete, poeta según él, nos hace la íntima declaración de que es insipido, torpe y tardo

Sus motivos tendrá el Sr. Osete para confesar que tiene tales cualidades.

Pero, créanos el Sr. Osete. Hay ciertas clases de insipideces, torpezas y tardanzas que no deben hacerse públicas. Siquiera, por bien parecer.

Aparte de eso, el Sr. Osete debe estar equivocado en cuanto a la tardanza, por lo menos.

Achérdese el Sr. Osete de su reciente y diplomático ojeo a caza de mantenedores.

Es verdad que fracasó en doña Emilia Pardo.

Pero encontró rápida sustitución en un Rubio.

Y eso, no es tardar. Es correr. Y dar un cambio de colores.

También, un buen ingeniero, Don Ricardo Madrigal, se descuelga en unos versos con bolsas de mucho fuelle por delante y por detrás.

¡Por Dios, D. Ricardo! Tomó usted el empeño de convencernos que no había quien leyera versos peor que usted.

Y nos convenció. Y, ahora, no vive usted tranquilo hasta que haya quien le diga que es usted tan mal poeta como buen ingeniero.

Bueno: pues téngalo por dicho.

Diálogo entre un forastero y un sereño, en la calle de Victorio:

—En esta calle, quien vive?
—Vive un concejal rubión.
—¿Y van a arreglarle el piso?
—Se lo arreglan, si señor.
—¿Para qué?—Para que puedan entrar y salir, y no tener peligro a tropiezos sus clientes, formados por individuos que descargan mercancías en montón y, cuando salen, zozobran fácilmente, como los barcos que van sin lastre y navegan sin patrón.

Consecuencias lógicas

La intransigencia gubernamental, el despotismo de un presidente a la violeta, ha puesto sobre el tapete una cuestión palpitante, interesantísima para los españoles: la de Cuba.

Ya en tiempo atrás, cuando la masa general de aquel país, vuelta a la realidad, veía desaparecer en un lontano desconocido su sueño dorado de esperanzas, la opinión demostró su descontento significativamente con hechos que para nosotros pasaron desapercibidos. Pero la protesta, no muy contundente, aun significando un aviso saludable para Estrada Palma, pasó en silen-

cio, y los sucesos siguieron desarrollándose por idéntico patrón. Y vino lo que debía venir.

Como complemento, como lógico final de una política ambiciosa, la revolución cubana no ha sorprendido a nadie. Encarnada esa necesidad en el sentir popular, inevitablemente tenía que tomar cuerpo a medida que los desaciertos del tiranuelo de guardarrropía americano se hacían mayores. La necesidad imprescindible de rebelarse, de acabar con un absurdo estado de cosas, teniendo por causas originarias las que tiene el alzamiento cubano, es justa, necesaria.

La libertad, arraigada fuertemente en el espíritu cubano, siendo parte integrante de su ser, imposible de patentizarse en la actualidad, de exteriorizarse en lo más mínimo, exacerbanda al pueblo, lo ha llevado a un extremo desde donde no retrocederán ante nada. De ello dan pruebas irrefutables los últimos hechos. El paso dado por los revolucionarios, con ser muy importante, no es más que la protesta aislada de una parte del pueblo, sin eco; pero Cuba entera va haciendo suya esa causa, se convence de que las palabras es remedio inútil, y trata de convencerse con hechos.

Y con hechos, de manera harta clara, trata de atajar las demasías de un dictador de ópera bufa.

CELSO DE VIVERO.

PLUMAZOS

JUGAR A LAS PALABRAS

Cuando a un cronista de esos que cobran veinticinco duros al mes, le acomete el furor neológico ó arcaico, Dios nos coja confesados y dispuestos a derrochar paciencia: ¡Antes descifra renos un palimpsesto egipcio que un artículo Mallarmesco con ribetes filosóficos!

Verdad es que los tales trabajos podrán no decir nada nuevo—ni aun viejo—pero en cambio excitan nuestro amor propio con el deseo de entenderlos y son leídos con la infantil curiosidad del que busca la solución de una charada ó un logogrifo.

Estos simpáticos y divertidos émulos de Ronsard se fundan en una razón muy atendible.

La manera de evitar que el idioma languidezca y se arruine—dicen—es renovarlo continuamente con neologismos, con expresiones pintorescas, con el empleo de voces arrinconadas por el tiempo. No hay más remedio que buscar calificaciones nuevas y originales; si no las hay se inventan ó se buscan entre las que cayeron en desuso: hé aquí el secreto.

—¿Por qué—agregan los innovadores—el arroyuelo ha de ser manso, el huracán bravo, el cielo azul, la luna casta y el céfiro blando?

—¿Por qué—decimos nosotros—se encuentra en un mismo párrafo de una de esas Crónicas abstrusas, vulgar por dar alaridos, jocundo por alegre, bajuno por soez, acuidad por agudeza etc. etc.? Y por si esto no es bastante, en otro aprovechado parvafo se lee: «glaucosidades acuáticas», «árboles umbráticos» y «flores desmayadoras».

—¿Encuentran us'e les estos conceptos muy poéticos? ¿No es verdad que los extremos se tocan y que por huir de lo rampón dan de bruces en lo afectado?

Ahora bien, ¿cual de las dos tendencias es la peor? ¿La que aspira a mantener a flote los empolvados moldes de la vieja retórica y todos los manoseados lugares comunes escolásticos ó la epidemia innovadora que no dá reposo al léxico y busca en él con ansias enfermizas de notoriedad, lo más exótico, lo más chocante y lo más retorcido?

—El Público—á voz en grito: ¡Las dos son peores! ¡Las dos son peores!

PLANUDO.

DE MADRID

De nuestro redactor-corresponsal

La carencia de noticias es absoluta. La actividad política, la artística y hasta la tauromáquica se hallan concentradas en San Sebastián.

La terraza del Gran Hotel ha reemplazado al Salón de Conferencias, y allí los políticos de altura ponen cátedra de cosas extrañas á las veces. El Sr. Dato de liberalismo, según dice la correspondencia dada anoche por el «Heraldo». Y es de notar, que este hombre público, uno de los espíritus más cultos de nuestros días, amalgama en tropel asombroso teorías que proceden de campo muy lejano en el que tiene mercedísimo prestigio.

Pero al hablar como él lo hace, conformándose y alentando á los liberales á que marquen con profunda línea lo que les separa de los conservadores, buscando así organismo de poder capaz de alternar con el que entiendo que representa el partido conservador, no desdena, antes quiere, las reformas radicales, si bien ofrece una opinión racional. Este signo no puede pasar desapercibido; la derecha estima que debe hacerse, lo que el progreso de los tiempos actuales reclama, pero pagando ella el tributo que debe á su historia, la oposición racional.

Si fuese así, si al llegar el momento de abrir las Cortes y reunirse en el Palacio de la representación nacional los Diputados, el aire mefítico que allí se respira no turbase los cerebros, las pasiones no ocupasen el lugar que siempre debe estar reservado á los grandes y santos intereses de la patria, la labor del Gobierno liberal podía ser provechosa.

La ley de huelgas que tanto se echa de menos en estos momentos; no ley represiva, sino reguladora de los derechos y deberes que deben existir entre patronos y obreros, para reducir en este punto la misión del Estado á sus justos límites; el mantenimiento de los derechos de todos; el toque á las asociaciones religiosas, que con sus privilegios y las prebendas de los gobiernos hacen competencia ruinosa á toda clase de industrias, y sobre todo, que con la extensión que ya alcanzan sus establecimientos de enseñanza, aun cada día aumentando su poderío, porque sus Colegios son fábricas de las que salen los productos adecuados para su obra de dominación; el fomento de nuestra riqueza agrícola, medio único de contener la emigración que nos agosta y cuyo fomento se consigue con aumentos considerables en el presupuesto del ministerio del ramo, con enseñanza práctica en las Granjas ó Escuelas Agrícolas que deben centuplicarse, con el aprovechamiento de las aguas que perdidas por la incuria de nuestro modo de ser, se esterilizan en charcas inundadas.

La ley de Alcoholes, ruinosa en su actual situación, que tiene sumida en la miseria, por lo que á nosotros hace, pueblos enteros como la industriosa Jumilla, que guarda en su seno hombres tan esforzados y capaces de colosales empresas como D. Roque Martínez; el catastro, resorte milagroso para perseguir con saña la riqueza oculta, que sometida á justa tributación dará manera de aminorar el impuesto de Consumos, impuesto del hambre, impuesto que separan de sí las naciones cultas; profunda, radical transformación de los organismos de nuestra justicia histórica; sencillez y prontitud en los procedimientos de enjuiciar y otros problemas secundarios, si algo secundario existe en este terreno, acometería el partido democrático si la oposición conservadora fuera racional.

Pero los emplazamientos y las amenazas con que el Sr. Maura suele retar á lo divino y lo humano, no son garantía de la estabilidad de los gobiernos que tanto necesitamos.

D. VÉLEZ.

Madrid 3 Septiembre 1906.

ALGO DE CRÍTICA

III.

Las canciones del camino, de D. Francisco Villaespesa.

Por mucho que se remonte la crítica moderna, ayer, hoy y mañana los grandes y medianos artistas del clasicismo, romanticismo y decadentismo se ocultan bajo determinados aspectos ideales, no logrando el lente más fenomenal y prodigioso del análisis descender el opaco velo que esconde un tesoro de bellezas.

Además, la unidad en el fondo y en la forma, demandada febrilmente por los estéticos mejores, esa divina esencia inalterable del espíritu humano, nota peculiar que le distingue entre toda la escala de los seres, es una aspiración imposible en el terreno de los hechos: ni en la Iliada, ni en los fabulosos poemas anteriores; ni en toda la rica floración del siglo de Pericles; ni en la fecunda edad latina de Horacio y de Virgilio; ni en la etapa del Renacimiento con Dante, con Ariosto y con el Tasso; ni en el glorioso Paraiso del gran Milton; ni en la obra amarga y profunda del poeta Shakespeare; ni en la sátira incomparable del Quijote; ni en el drama doloroso y lógicamente humano del enorme Goethe... ni en la ciclópea y variada floración de Victor Hugo, aparece definida!

El Arte no es un producto artificial, hijo de la inexperiencia y del acaso; no es un juego de niños; no es una vana ficción de la soñadora fantasía; no es tampoco una retórica pedantesca y limitada compuesta de frases y tropos: es algo más serio, grave y difícil de expresar: precisa vivir para sentirlo, y nos fuerza una ley común é inexorable á beberlo del río caudaloso que nos ofrece la experiencia. El conjunto de alegrías y humanos sinsabores es el agua turbia ó transparente del caudal. El espíritu es uno; pero sus manifestaciones son diversas.

Somos una extraña aleación de metales desconocidos y preciosos que unas veces corroen el resistente y bien tallado diamante del ideal, y otras lo conservan y evolucionan en sus figuras más nobles y magníficas: Heine, Baudelaire y Camposamor, pueden servir como anillo al dedo para afirmar la primera parte de la tesis: Gustavo Adolfo y Ricardo Gil sustentan sobradamente la segunda.

Yo soy un espíritu liberal en todos los actos, manifestaciones y pensamientos de mi vida; en la esfera del Arte es natural que se traduzcan de idéntico modo mis ideas; pero cuando mi endeble y dolorido corazón busca el añejo dictado del bien, y el poeta, jese hermano legítimo del alma, me brinda una copa de veneno, la rechazo.

No desprecio el dolor, ni el desencanto, ni la pobreza de fé, ni la ignorancia, ni todos los males, pequenezes y carencias que nos ofrece este amargoso y agitado cauce de la vida. Lo que me repugna y fastigo despiadadamente es el rebajamiento miserable y el trastorno que se opera, por propia y consciente voluntad, en el corazón de ciertos escritores al uso—Villaespesa, es un ejemplo en algunas estrofas de sus «Místicas».

«El Jardín místico» es un boceto muy afinado y sentimental, lógico y amable; pero Teresa de Avila no responde en sus dos rimas finales al pensamiento generoso que rebosa en los endecasílabos primeros. Ni la santa pudo acabar una vida ejemplarísima con sensación tan asquerosa y denigrante, ni—dado de barato que la insigne mujer hubiera padecido emociones tan bajas y groseras—es lícito al artista (si lo es) presentarla en estado semejante.

Deténgase un poco el autor de las «Místicas» en la colosal obra de Teresa, consulte al eminente historiador Baret, al sabio y castizo padre Yepes, á la multitud de escritores coetáneos de la santa, y sobre todos ellos al inspiradísimo León—con permiso de Unamuno,—y se